



## *JORNADA MONOGRÁFICA FERE MADRID*

# ***CONFLICTOS BÉLICOS Y COMERCIO DE ARMAS ¿TE HAS ENTERADO?***

*18 Noviembre 2003*

*Pedro Sáez*

### **DIEZ PROPUESTAS PARA UNA PEDAGOGÍA DE LA PAZ**

#### **PEDRO SÁEZ**

Los objetivos, contenidos y métodos de un proceso educativo que tenga a la paz como eje central son cuestiones nada fáciles de formular de manera satisfactoria, están sujetas a un debate permanente, como no podría ser de otra manera. El sucinto decálogo que presentamos no pretende sin enunciar los principales temas que, a nuestro juicio, deberían constituir la agenda básica de un pedagogía de la paz. Advertimos que el escenario a partir del cual confeccionamos estas propuestas es el de la educación formal o reglada, aunque lo que decimos guarda muchos puntos de contacto con el resto de las educaciones:

1) Antes que nada, es preciso concretar la definición de paz que utilizaremos, puesto que esta palabra se ha generalizado tanto, que su uso resulta cuando menos ambiguo o contradictorio. Nuestra concepción de paz no alude a una situación estática de no-guerra o no-violencia explícita, sino como un proceso dinámico que busca los mayores niveles de justicia y libertad, tanto para las personas individuales como para las sociedades y culturas dentro de las convivimos los seres humanos: la paz no es la ausencia de guerra, sino la presencia de la justicia. Como se puede deducir de manera obvia, semejante afirmación tiene unas consecuencias educativas muy interpellantes.

2) Una pedagogía de la paz surgida como resultado de la anterior afirmación introduce un modelo de cultura escolar bastante problemático, puesto que pone en evidencia no solamente el currículo dominante de los contenidos y métodos de las asignaturas, tanto el abierto como el oculto, sino la propia organización escolar y los valores que la sustentan. Este modelo se enfrenta a un conjunto de contravalores con mucho más peso específico y capacidad para ser justificados e impuestos: los espacios domésticos -la familia, el barrio-, audiovisuales -los medios de comunicación social-, políticos -los códigos legales, los proyectos económicos, las políticas "sociales", las relaciones internacionales-, etc., constituyen poderosos medios de aprendizaje, recorridos por una serie de argumentos -militarismo, sexismo, discriminación étnica, desarrollo como crecimiento económico-, que se socializan en las aulas, no sólo ni principalmente entre los alumnos, dificultando enormemente cualquier propuesta de aprendizaje alternativo. Es preciso ser

conscientes de las implicaciones que se derivan de la puesta en marcha de un proceso educativo de las características mencionadas.

3) La construcción educativa de la paz debe seguir un camino no demasiado frecuentado por la práctica pedagógica clásica, que, a la hora de situar el problema del qué, cómo y por qué enseñar, se fija más en el currículo legislado y en el programado, atendiendo menos al currículo aprendido, y, sobre todo, al currículo vivido por los protagonistas del proceso educativo, dentro y fuera del aula. Este diseño curricular de abajo arriba no se hace, por tanto, en abstracto o de manera genérica, sino que parte de la realidad existencial, personalizante y socializadora, de los participantes en el mencionado proceso. No puede quedar al margen de la realidad inmediata que aparece alrededor del espacio físico y humano del centro educativo, lugar imprescindible para especificar el significado transversal de la paz y su proyección didáctica cotidiana.

4) El tratamiento de la paz como enseñanza y aprendizaje no significa reducirla a un adorno decorativo en el programa del área curricular o asignatura que mejor se adapte al tratamiento de dicho "tema". Aunque algunas materias presentan una mayor receptividad para aglutinar ese proceso transversal, la educación para la paz no es un tema en el sentido académico, sino un eje o enfoque que puede traducirse a los diferentes núcleos didácticos fundamentales de cada asignatura, en la medida en que los transforma y transgrede.

5) Esta transgresión no afecta única y principalmente a los contenidos, sino, sobre todo a los ejes metodológicos, a las maneras de ver y de preguntarse sobre la realidad, que son las que dan congruencia a lo que se aprende y su relación con los valores de referencia que se ponen en juego en la tarea de aprender. En la medida en que convirtamos la educación para la paz en un procedimiento de acceso para la comprensión activa del planeta en que vivimos, en su pasado y su presente, en la diversidad de los seres que lo habitan- de lo simple a lo complejo-, en los mecanismos que explican su funcionamiento- del telescopio al microscopio-, en los problemas económicos, sociales y políticos de los grupos humanos que lo pueblan, en las ideas que lo interpretan y modelan, en sus manifestaciones culturales, etc., llegaremos a romper con las divisiones clásicas en áreas o compartimentos estancos del saber académico, abriendo una serie de procesos de aprendizaje mucho más significativos, interpelantes y profundos.

6) Por tanto, la pedagogía de la paz que estamos describiendo tiene una dimensión social, que juzgamos componente básico de sus rasgos característicos. Esta proyección hacia la sociedad no significa únicamente que la paz eduque en un conjunto de valores que, después, se transformen en actitudes asumidas individual y colectivamente, las cuales se reflejarán en las normas de conducta de la sociedad en que se produzca dicho proceso. Semejante proyecto obvia la necesidad de que, de forma paralela a la escuela, se vayan gestando los correspondientes espacios sociales donde la práctica de la paz, como herramienta para vivir mejor, sea no sólo deseable sino posible. En este sentido, hay que evitar que la educación para la paz quede secuestrada en la escuela, como tema de aula, vivido de puertas adentro por niños y adolescentes, pero sin implicaciones para los adultos que, de puertas afuera, impiden y bloquean cualquier posibilidad de hacer realidad lo que se proclama para las futuras generaciones, a las que paradójicamente se hace responsables de un porvenir que deberán construir sobre el vacío. De ahí, la importancia, cuando no la prioridad, de los procesos educativos no formales, que sensibilicen, dinamicen y promuevan desde sus correspondientes espacios de resistencia y de transformación social una cultura que enseñe a vivir de otra manera: las aportaciones de las

organizaciones no gubernamentales, los grupos de objetores de conciencia, las asociaciones vecinales, los sindicatos, los colectivos de educadores y animadores socioculturales que dinamizan la educación de adultos, las escuelas de tiempo libre, las plataformas de solidaridad constituidas de forma provisional o permanente ante situaciones cercanas o lejanas de emergencia social, etc., son, en este sentido, decisivas, como instancias donde construir un aprendizaje coherente sobre la paz, y como lugares para la culminación de los procesos educativos formales organizados en el aula.

7) También es preciso señalar que la educación para la paz tiene su ritmo propio, y no puede organizarse como un conjunto de respuestas coyunturales y compulsivas a acontecimientos concretos. En este sentido, es preciso respetar el campo de acción del movimiento por la paz y la solidaridad, tendiendo puentes de comunicación y contacto continuos, pero sin olvidar que la mera traducción de los esquemas de la militancia social, mediante el aprendizaje de sus conceptos y estrategias, no garantiza la transmisión de los mensajes, ni mucho menos puede servir de medida para evaluar el éxito de un proceso educativo, que está situado en un espacio y en tiempo muy concretos que deben tenerse muy en cuenta. Una pedagogía de la paz sólo puede implantarse a largo plazo y de forma sistemática. En este sentido, no se puede confundir una actividad puntual y aislada sobre educación para la paz en el desarrollo normal de un curso escolar, o incluso un conjunto de tareas multidisciplinares en torno a la paz, dentro de una determinada etapa del mencionado curso, con la paz como eje nuclear de un proceso educativo, teniendo en cuenta sus diversas etapas y los argumentos que se van a seguir y que darán coherencia globalizadora al conjunto.

8) Algunos autores critican la formulación explícita de valores como la paz y la solidaridad, argumentando que la educación debe evitar el adoctrinamiento o la imposición de determinadas interpretaciones del mundo. Es evidente que si la educación para la paz se limitara a intentar sustituir el discurso conservador por un florero progresista, bienintencionado o interesado, traicionaría su esencia constituyente y acabaría por fracasar de forma estrepitosa. Pero también es evidente que la educación aséptica y neutral nunca ha existido ni existirá, ni dentro ni fuera de las aulas. Lo queramos o no, intencionada o inconscientemente, siempre estamos educando desde y para unos valores muy determinados, incluso cuando renunciamos ilusoriamente a la intención de educar y nos limitamos a transmitir conocimientos con mayor o menor pericia didáctica. Asociada históricamente a la reproducción integradora del sistema dominante, aunque sin el monopolio y el poder de antaño, la escuela es, antes que otra cosa, un escenario privilegiado para la configuración de valores y actitudes. La introducción de un planteamiento explícito sobre qué valores deben hacerse presentes en el currículo escolar, como deben enseñarse y de qué forma hay que evaluar su aprendizaje puede tener, al menos, la virtualidad de abrir un debate que clarifique esta espinosa cuestión en los centros y entre el profesorado, y permita abrir la escuela hacia fuera.

9) Una pedagogía de la paz que atienda a este desafío debe plantearse como una oferta de referentes culturales para comprender la realidad y construir de forma autónoma un proyecto existencial para sí mismo y con respecto a los demás. Los valores no pueden presentarse de forma teórica y genérica, sobre todo si buscamos su aprendizaje real, ya que con frecuencia pueden confundirse con hechos y datos, y asimilarse como tales, lo que desde el punto de vista del currículo vivido, resulta inútil y contraproducente. La paz no es un valor en sí mismo -puesto

que, como ya sabemos, logra el consenso unánime y uniforme desde contextos ideológicos diametralmente opuestos-, si no puede activarse de manera permanente. Son los *valores en acción* los que permiten generar, de forma simultánea y recíproca, las actitudes que transforman nuestra manera de vivir. La coherencia entre lo que se dice acerca de la paz, cómo se dice y, además, lo que se realiza cotidianamente cuando se tratan situaciones carentes de paz, es la clave del aprendizaje del valor mencionado. Por otra parte, esta puesta en acción también pretende evitar un planteamiento exclusivamente moralizante -por ejemplo, la condena genérica de la guerra y la defensa de la superioridad ética de la paz-, puesto que presenta los valores como instrumentos o herramientas para vivir mejor -la guerra, como medio de "resolución" de los conflictos humanos inútil e irracional-. El debate suscitado por esta confrontación entre lo que ayuda y lo que impide realizarse a las personas como tales es indispensable para construir una conciencia crítica con capacidad emancipadora, que esté en condiciones de indagar y descubrir por sí misma, sin aceptar cualquier tipo de imposición dogmática: ni los dogmas de la violencia, ni las alienaciones apaciguadoras, ni siquiera los dogmas pacifistas, si se presentan como tales.

10) Finalmente, la paz concebida como eje de una pedagogía verdaderamente humanizadora, debe traducirse a una didáctica que permita explorar todas sus posibilidades educativas en el aula. Para elaborar esa didáctica, es preciso buscar aquella dimensión propia del modelo que se propone. Así, la clave didáctica de la educación para el desarrollo podría ser la pobreza, de la misma manera que la de la educación ambiental se centraría en el ecosistema, o la cultura sería el concepto aglutinante de la pedagogía intercultural. De la misma forma, creemos que la educación para la paz puede transmitirse mediante una didáctica del conflicto, término que define su naturaleza específica. Puesto que la convivencia entre los seres humanos está llena de conflictos de todo tipo, que habitualmente se resuelven mediante la fuerza, la coerción o la violencia, el objetivo de una educación para la paz sería la generalización de un tratamiento de dichos conflictos basado en el diálogo, la cooperación y el respeto mutuo entre los principales actores implicados en los problemas: más que de educar para la paz, hay que educar para el conflicto.

**ALGUNAS PUBLICACIONES DEL AUTOR RELACIONADAS CON EL TEMA:** "Paz hoy: Tareas pendientes", *Crítica*, nº 879, diciembre de 2000, págs. 27-30; "¿Es posible educar en la noviolencia? Propuestas desde el aula", *Misión Joven*, nº 272, octubre de 1999, págs. 29-32 y 49-53; "La educación para la paz en el currículo de la reforma", Bilbao, *Cuadernos Bakeaz*, nº 11, octubre de 1995.

**PARA SABER MÁS:** John Paul Lederach, *El abecé de la paz y los conflictos. Educar para la paz*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2000; Xesús R. Jares, *Educación para la paz. Su teoría y su práctica*, Madrid, Popular, 1999 (2ª edición); Seminario de Educación para la Paz de la Asociación Pro Derechos Humanos, *Educación para la Paz. Una propuesta posible*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1994 (2ª edición); Anna Bastida, *Desaprender la guerra. Una visión crítica de la educación para la paz*, Barcelona, Icaria/Seminario de Investigación para la Paz de Zaragoza, 1994; David Hicks (Comp.), *Educación para la paz. Cuestiones, principios y práctica en el aula*, Madrid, Eds. Morata/Ministerio de Educación y Ciencia, 1994.

## **UNA MIRADA SOBRE LAS GUERRAS DE HOY**

**PEDRO SÁEZ**

### **1. DESPUÉS DEL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2001**

Los acontecimientos que han estallado a partir de los atentados contra las Torres Gemelas en Nueva York y el Pentágono en Washington son obligada referencia a la hora de realizar cualquier aproximación a las guerras del presente más inmediato. Los medios de comunicación social se apresuraron a proclamar el comienzo de una nueva época en la historia de la humanidad, seducidos al tiempo que horrorizados ante las apocalípticas imágenes de la destrucción material y casi instantánea de miles de personas y la espectacular quiebra de numerosos símbolos de la civilización occidental.

Aún estamos inmersos en las diversas derivas de los hechos mencionados: la caída del régimen talibán en un Afganistán sacudido por una previsible catástrofe humana y un más que inestable futuro político; el recrudecimiento del eterno conflicto entre los palestinos de Gaza y Cisjordania y el estado israelí; la supuesta globalización de la lucha contra las redes terroristas internacionales, identificadas de manera hartamente simplificadora con los movimientos y doctrinas integristas o fundamentalistas provenientes del mundo islámico; la implantación de un discurso belicista, centrado en la venganza como objetivo, la ausencia de escrúpulos a la hora de defender determinados medios para conseguir dicho objetivo, o la primacía de la seguridad militar a costa de libertades y derechos fundamentales conquistados desde hace tiempo, de manera que es pronto para decir si estamos ante la primera guerra del siglo XXI, y si dicha guerra es un “choque de civilizaciones”. Ambas conjeturas parecen cuando menos discutibles, en todo caso apresuradas y superficiales.

Por tanto, a pesar de que el foco de atención mundial sigue girando alrededor de lo que ha sucedido en EE.UU. y está sucediendo en Oriente Medio, existen otros muchos problemas olvidados -hoy más que nunca-, que continúan causando un gran número de víctimas, a menudo sin la utilización explícita de armas convencionales o estrategias bélicas habituales, y que en muchas ocasiones están en el trasfondo de los enfrentamientos armados.

### **2. EN BUSCA DE LAS CAUSAS PROFUNDAS**

Así, pues, es preciso hacer un breve repaso de los principales factores que permiten explicar las guerras de nuestro tiempo. Ninguno de ellos, por sí sólo, da razón suficiente de los episodios bélicos que azotan al planeta y a sus habitantes. Es su combinación, unida, no lo olvidemos, a la decisión de quienes optan por la guerra y la violencia y no por la paz y el diálogo -decisión de la que habitualmente todos se declaran irresponsables-, la que genera los escenarios adecuados para que se produzcan las confrontaciones:

2.1. El documento fundacional de la UNESCO manifiesta que "las guerras comienzan en las mentes de los hombres", con lo que indica uno de los principales orígenes de los conflictos: el que se basa en las percepciones, en las visiones socializadas y establecidas mediante tópicos, estereotipos y prejuicios.

Han sido habituales la mitificación y glorificación de la guerra y la violencia en las leyendas e historias de los pueblos, o la educación para la agresividad masculina y la pasividad femenina. Hoy, los medios de masas configuran, de manera un tanto desproporcionada con respecto a lo que tienen de meros transmisores de informaciones, una opinión pública mediatizada por su peculiar manera de ver el mundo, como revelan fenómenos como el llamado "efecto CNN", llamado así por la conocida cadena estadounidense de televisión que informa a domicilio e instantáneamente sobre las guerras de cualquier zona del planeta mientras se están desarrollando.

2.1. En el pasado, gran parte de las guerras tenían como motivación fundamental la conquista de territorios, ya fuera para el afianzamiento del poder de un señor feudal o para extender un imperio colonial. En la actualidad este tipo de conflicto es menos frecuente, debido en parte al desarrollo del derecho internacional y a la creación de instancias jurídicas que regulan los conflictos territoriales, como las Naciones Unidas y el Tribunal Internacional de Justicia.

Aun así, el factor geográfico sigue siendo un elemento importante para poder entender cómo se generan los conflictos. Es preciso comprender el espacio donde aparecen los enfrentamientos armados para así poderlos analizar en toda su integridad: litigios fronterizos por ejemplo, Cachemira, entre la India y Paquistán-, estrategias de control y dominio del espacio -por ejemplo, la cuestión de los asentamientos judíos en zonas palestinas, o las tácticas de las guerrillas colombianas-.

2.3. En todos los conflictos hay causas históricas, porque se van construyendo a lo largo de un pasado inmediato o lejano al desarrollo de las tensiones. Con frecuencia se distinguen circunstancias cercanas al estallido del conflicto: por ejemplo, los acontecimientos de Sarajevo en el verano de 1914, desencadenantes de la 1ª Guerra Mundial; factores de más largo alcance: la competencia económica y estratégica entre los grandes imperios coloniales de África y Asia desde 1870 es una de las razones que permiten entender por qué los hechos de Sarajevo condujeron a la guerra de 1914-1918. Todos estos datos, de rasgos y alcances muy diferentes, se sitúan en el tiempo y pertenecen, por tanto, a la historia.

A menudo es la misma historia la que, adaptada a las conveniencias e intereses de los promotores o actores de los conflictos, es usada para justificar y alentar la necesidad o la legitimidad del enfrentamiento. Muchos dirigentes políticos, militares e intelectuales apelan a la memoria mítica de sus pueblos para deformar la imagen de sus adversarios. Los recuerdos de hechos históricos resucitan así con toda su fuerza simplificadora. Socializados por la propaganda escolar, periodística y audiovisual, contribuyen a crear una mentalidad colectiva proclive al enfrentamiento violento como medio para solucionar todas las deudas pendientes: la antigua Yugoslavia y Ruanda son modelos de estas estrategias.

2.4. Según todos los indicios, la guerra se institucionalizó a partir de dos actividades milenarias de la humanidad: la caza y el pillaje. Muchos de los primeros conflictos violentos de los que se

tiene noticia en la historia de la humanidad, lo son por motivos que hoy podríamos llamar *económicos*: posesión de recursos (tierras, ganados, aguas), apropiación de bienes y personas (esclavos, mujeres) y satisfacción de otras necesidades de subsistencia de las sociedades. Las guerras comerciales y coloniales, que a finales del siglo XIX llegaron a abarcar todo el planeta, son la más genuina expresión del máximo nivel de violencia al que han llegado los conflictos producidos por motivos fundamentalmente económicos.

No todas las guerras son desencadenadas por motivos exclusivamente económicos, si bien en casi todas las guerras existen razones económicas como causas secundarias que refuerzan los motivos primarios que las desencadenan. En todo caso, cualquier guerra tiene graves consecuencias materiales. En este sentido, resulta paradójico constatar que, por una parte, las guerras suelen ser desencadenadas por países o coaliciones económicamente poderosas (Alemania en 1939; EE.UU. En nuestros días, los conflictos armados de mayor virulencia suelen aquejar a los países pobres, convirtiéndose en causas y consecuencias de las debilidades estructurales que los aquejan.

2.5. Indudablemente, hay una relación entre democracia, conflictos armados y paz. En las sociedades en las que rigen las libertades públicas, los derechos humanos y los derechos civiles, existen más posibilidades de que los conflictos se resuelvan sin el uso de la violencia que en aquellas en que se violen los principios mencionados. Los sistemas democráticos son los más aptos para resolver los conflictos de sociedades multiculturales, multiétnicas o multirreligiosas, aunque esto no quiere decir que funcionen a la perfección y supriman de raíz la causa de los conflictos.

Conviene señalar, sin embargo, que si bien los estados democráticos tienden a relacionarse de forma pacífica entre sí, no sucede lo mismo de puertas afuera: hay estados supuestamente democráticos con intereses económicos externos o geopolíticos que actúan de forma imperialista, incluso abiertamente terrorista -el flagrante caso de EE.UU. y su apoyo a la contra nicaragüense con el objetivo de derribar al gobierno sandinista-, de la misma manera que hay también estados democráticos o grupos económicos de estados democráticos que ayudan a gobiernos dictatoriales a cambio de obtener beneficios económicos -de nuevo tenemos que citar a EE.UU. y su apoyo al golpe de estado de Pinochet en Chile en 1973-. De todas maneras, cuanto mayor sea el número de estados democráticos en el mundo, más probabilidades habrá de que planteen y gestionen de forma pacífica los problemas comunes, como la crisis medioambiental, los desplazamientos masivos de refugiados y emigrantes, las guerras o el comercio internacional. El avance de la democracia en cada estado del sistema mundial favorece a largo plazo la paz dentro de los estados y entre ellos.

2.6. La desigualdad y la pobreza se encuentran a menudo entre las causas de los conflictos, especialmente cuando se trata de conflictos armados internos, guerras civiles o conflictos motivados por el control de unos recursos naturales cada vez más escasos. En sociedades caracterizadas por un reparto injusto de la riqueza no ha sido extraño que se establecieran regímenes autoritarios y represivos, que han mantenido los privilegios económicos de la minoría y la exclusión de la mayoría mediante la militarización de la vida cotidiana, la discriminación étnica, la represión política y las violaciones de los derechos humanos: la atormentada historia reciente de América Central resulta esclarecedora a este respecto. En este tipo de sociedades

existe un enorme potencial de inestabilidad y violencia, que en ocasiones ha llegado a desembocar en conflictos guerrilleros o en guerras civiles. Por esta razón, la superación o reducción de la desigualdad, tanto entre el Norte y el Sur como entre los diferentes grupos sociales de los países, es un elemento esencial, no sólo para la prevención de conflictos armados, sino para la supervivencia planetaria.

2.7. Con frecuencia unos grupos humanos dominan a otros imponiéndoles su idioma, su religión o sus costumbres. Se genera así un tipo de conflicto de raíces étnicas. En otros tiempos, era frecuente que unos grupos sometiesen a otros a la esclavitud, para utilizar su fuerza de trabajo o incluso para combatir a su servicio. En la actualidad, este tipo de conflictos se extiende sobre todo el planeta y se expresa en el rechazo de unos pueblos a ser dominados por otros que consideran ajenos y opresores de su identidad cultural. La globalización cultural también acarrea este tipo de reacciones defensivas.

Lo más frecuente es que el sometimiento de unos grupos por otros, coincida con situaciones de desigualdad económica, de despojo de recursos naturales propios de los grupos oprimidos o de desplazamientos forzados de poblaciones fuera de sus territorios de origen, y así las causas étnicas de los conflictos se relacionan en ocasiones con las económicas, con la lucha por los recursos y por los territorios.

2.8. La relación entre conflictos armados y recursos o bienes naturales esenciales para la supervivencia y el desarrollo de las sociedades, es profunda. Existen varias formas de vinculación: las guerras que se libran entre estados, o dentro de los estados, por acceder a recursos naturales considerados económicamente vitales la invasión de Kuwait por Iraq en 1990/91; los conflictos sociales y políticos que pueden derivar en violencia por efecto de la escasez de uno o varios recursos -el agua en Oriente Próximo-; o el deterioro ambiental que se puede generar por efecto de los conflictos violentos -la muerte o mutilación aplazada por efecto de las minas antipersonas; la contaminación de ríos y bosques por los laboratorios clandestinos de cocaína y las fumigaciones indiscriminadas para combatir sus fuentes de abastecimiento -.

2.9. Tradicionalmente la seguridad de un estado ha sido concebida en términos exclusivamente militares como su capacidad para disuadir o repeler una agresión externa. Los gobiernos han invocado a menudo la seguridad nacional para justificar el mantenimiento, la ampliación y la modernización de las fuerzas armadas y para fomentar nueva tecnología militar. También algunos países, en nombre de la seguridad, se han inmiscuido en los asuntos internos de las naciones más débiles y hasta han llevado a cabo una sistemática violación de los derechos humanos de sus propios ciudadanos.

El rearme puede minar la economía de un país y empobrecerlo, al destinar recursos a la compra de armamento en lugar de invertirlos en el desarrollo del país, mejorando la productividad y la competitividad internacional, favoreciendo la investigación y la inversión en recursos humanos. Esta situación se agrava en el caso de los países del Sur, en los que las necesidades básicas de la población no están cubiertas y es muy alta su vulnerabilidad ante las crisis económicas y los desastres ambientales. Esta inestabilidad política y económica favorece los golpes de estado que apoyan y perpetúan poderosos aparatos militares que protegen los intereses de una élite sobre los del conjunto de la población.

2.10. Por último, unas breves consideraciones sobre las creencias, ideologías e instituciones religiosas como catalizadores o aglutinantes de las guerras. A este respecto conviene indicar que los mensajes de las grandes religiones hoy son básicamente pacifistas. No fue así siempre, porque las religiones también responden a sus circunstancias históricas. En todo caso, en casi ningún momento de la historia del judaísmo, el cristianismo o la religión musulmana, hubo un pensamiento y una práctica uniforme sobre la legitimidad de la guerra y la defensa de la paz.

Otro asunto es la deformación interesada y falsificadora, a menudo herética cuando no abiertamente sacrílega -matar en nombre de Dios es una abierta manifestación de increencia- que grupos o líderes políticos y religiosos hacen de determinados pasajes de sus escrituras sagradas, para alentar un origen o un destino divino a sus objetivos belicistas. El problema está en admitir la religión como único fundamento posible del orden político y social, lo que conduce a aberraciones como el extinto régimen talibán en Afganistán.

### 3. ALGUNOS RASGOS BÁSICOS DE LAS GUERRAS ACTUALES

Si aplicamos el conjunto de causas enumeradas en el epígrafe anterior al mapa de los conflictos recientes, podremos obtener unos rasgos esenciales que, por encima de las peculiaridades de cada situación, caracterizan a los aproximadamente cincuenta conflictos bélicos más violentos del planeta, hasta constituir un cuadro del modelo característico de conflicto de la posguerra fría, definido por los siguientes rasgos:

3.1. La colisión armada se produce en el interior de un estado autoritario con un abundante aparato represor, sostenido por el bloque correspondiente durante la guerra fría, y ahora abandonado a su suerte; una herencia colonial bastante desequilibrada, sobre todo por lo que respecta a fronteras y etnias; con enormes carencias económicas e infraestructurales, y escasamente vertebrado desde el punto de vista social y cultural. Un ejemplo de este modelo de estado colapsado es Liberia, la antigua colonia cuyo territorio fue comprado por una sociedad filantrópica estadounidense, con el fin de repatriar a los esclavos negros emancipados. Estos antiguos esclavos americanos, convertidos en el grupo dirigente tras la independencia en 1847, sometieron a servidumbre a las poblaciones indígenas de la zona. Este país vive una guerra civil desde 1989. Los resultados son estremecedores: de 150 a 300 mil muertos, y más de 800 mil refugiados en las naciones vecinas -porcentajes espectaculares si consideramos que la población de Liberia es de 2,4 millones-. El territorio liberiano está dominado por bandas armadas, fieles a su respectivo jefe, y enfrentadas entre sí por el control del espacio, sin ideología ni programa político que merezca tal calificativo, aunque se agite la bandera étnica. El intento de intervención pacificadora, a cargo de países africanos -el contingente más numeroso de los *cascos blancos* era nigeriano-, no ha servido de nada. Tras las espeluznantes imágenes de las masacres que recorrieron los programas informativos hace unos años, el conflicto ha vuelto a recluirse dentro de la *baja intensidad*, a la espera de un nuevo estallido

3.2. Se utilizan armas simples, desde machetes hasta carros de combate y misiles procedentes de los restos rebajados de la guerra fría, aunque en el mercado armamentístico mundial se pueden encontrar modelos de la última generación. También son frecuentes los trasvases de armas, que violan embargos y bloqueos con suma facilidad, por ejemplo, el que se produjo desde Líbano

hasta las repúblicas de la antigua Yugoslavia, coincidiendo con el final del conflicto en el primero y el inicio de la guerra en las segundas. Estos negocios de dimensiones transnacionales aparecen conectados, si son ilegales, con otras redes de delincuencia, como el narcotráfico o la industria de la extorsión y secuestro; si son el fruto de transferencias oficiales, pueden vincularse a determinados programas de ayuda al desarrollo o intercambiarse con recursos naturales del país receptor -petróleo, minerales y piedras preciosas-. Colombia es un modelo característico de estas prácticas tan rentables. La combinación de, al menos, tres guerras superpuestas e interconectadas en su interior, la de los narcotraficantes, la de los guerrilleros de las FARC y el ELN y la de las fuerzas paramilitares que actúan en connivencia con sectores militares y policiales, provoca la descomposición del poder político y la progresiva quiebra de la sociedad, tanto física como moral, a pesar de la abundancia y riqueza de movimientos sociales e iniciativas ciudadanas en favor de la paz y la justicia.

3.3. En tercer lugar, la población civil es el objetivo estratégico por excelencia. Esto no es una novedad, especialmente en la época contemporánea, pero en nuestros días ha adquirido un carácter masivo, especialmente en la *producción* de refugiados, y particularmente cruel y odioso, en las operaciones de limpieza étnica. La ausencia de regulación bélica favorece la creación de bandas y ejércitos privados que viven sobre el terreno robando, violando y matando. El conflicto de los Grandes Lagos, desde el genocidio de 1994 hasta el enfrentamiento entre Ruanda y Zaire ha girado en torno al problema de la población de la diferentes etnias obligada a salir de su país, utilizada como escudo humano por los grupos armados responsables de la guerra, y sometida a las acciones, a veces abnegadas e imprescindibles para la supervivencia, otras veces atolondradas e interesadas, de las organizaciones no gubernamentales y de las instituciones supranacionales.

3.4. Son conflictos de larga duración, con episodios de alta violencia y otros periodos de baja intensidad, en los que se produce una adaptación material y moral a la guerra, que contribuyen a retroalimentarla, más allá de sus causas originarias. El problema de los kurdos arranca de la desmembración del imperio otomano tras la Primera Guerra Mundial, y afecta hoy a 31 millones de personas, de las que 22 viven en Kurdistán, un territorio de 550.000 km<sup>2</sup>, dividido entre varios estados -norte de Siria, norte de Iraq, sudeste de Turquía, noroeste de Irán y suroeste de Armenia y Azerbaiyán-, que se reparten la mayor reserva petrolífera, hidráulica y agrícola del planeta. La situación del pueblo kurdo es diferente en cada estado que habitan y, además, tampoco hay unidad de acción entre los partidos y grupos kurdos a la hora de formular un proyecto político nacional, lo que complica la situación, hasta olvidar las raíces originarias de la cuestión: los intereses coloniales de las grandes potencias dibujaron el mapa de la región sin tener en cuenta la promesa hecha a los dirigentes kurdos sobre la viabilidad de un estado propio.

3.5. Estos enfrentamientos provocan un elevado grado de destrucción, no sólo en vidas, sino en infraestructura viaria, agraria y urbana, y en el ecosistema natural. En el caso citado de las minas antipersonas, esta destrucción se multiplica en el tiempo, produciendo muertes y mutilaciones muchos años después de que el conflicto haya concluido: casi 23 millones de minas sembradas en Egipto; 15 millones, en Angola; 10 millones, en Afganistán, Camboya, China e Iraq, son cifras que dan idea de la magnitud del problema y de las dificultades para poderlo resolver, a pesar de la generalización de las prohibiciones relacionadas con este tipo de armamento dentro la comunidad internacional, con las consabidas excepciones por parte de los países que producen y venden este material de guerra.

#### 4. ¿HAY OTROS FUTUROS POSIBLES?

El panorama descrito no invita al optimismo, aún menos si tenemos en cuenta las condiciones descritas al principio de este breve informe. La sensación de caos internacional, de desorden planetario, de un sistema mundial que se ve continuamente sobrepasado por los problemas a los que debe hacer frente, resulta constatable casi a diario, por muchos discursos y proclamas que intenten conjurarla. De ahí la perentoria necesidad de dotar de poder y capacidad de acción a los actores locales, nacionales e internacionales, desde movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales hasta la ONU o la OSCE, dedicados la búsqueda de la paz, mediante la intervención humanitaria durante las crisis bélicas, las negociaciones en todos los niveles -de los diplomáticos a los ciudadanos-, la presión pública y la participación de las víctimas en la desactivación de la violencia, o la prevención prebélica y reconstrucción posbélica.

**ALGUNAS PUBLICACIONES DEL AUTOR RELACIONADAS CON EL TEMA:** “Panorama global de los conflictos armados actuales”, en José M<sup>a</sup> Fernández Martos, Fátima Miralles Sangro, Beatriz González Luna (Coords.), *Adiós a las armas: Ni un sólo niño en la guerra. I Jornada de Orientación y Compromiso Solidario*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 2001, págs. 23-47; “Guerra”, en Mariano Moreno Villa (Dir.), *Diccionario de Pensamiento Contemporáneo*, Madrid, San Pablo, 1997, págs. 593-597; *Las claves de los conflictos*, Madrid, Centro de Investigación para la Paz /Fundación Hogar del Empleado, 1997.

**PARA SABER MÁS:** Michael Walzer, *Guerras justas e injustas. Un razonamiento moral con ejemplos históricos*, Barcelona/Buenos Aires, Paidós, 2001; Mary Kaldor, *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets, 2001; Michel Ignatieff, *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*, Madrid, Taurus, 1999; Peter Waldmann, Fernando Reinares (Comps.), *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*, Barcelona/Buenos Aires, Paidós, 1998; Vicenç Fisas, *Cultura de paz y gestión de conflictos*, Barcelona/París, Icaria/Ediciones UNESCO, 1998; José M<sup>a</sup> González Ochoa, Ana Isabel Montes Pascual, *Las guerras olvidadas*, Madrid, Acento, 1997.